

ARTICULO

Recuerdos de Nueva Orleans

Páginas de un libro en proyecto

LA proa de nuestro barco va cortando las gasas oscuras del ancho Mississippi, de riberas verdegueantes taraceadas por chalets en cuyas ventanas cuelga el sol sus resplandores. Por los flancos de este barco, que nos acogió en Panamá y se llama el *Turrialba* —nombre de un valle y un volcán de Costa Rica—, pasan los bergantines e inflan sus lonas canciones inspiradas en la fonje nieve de los algodones. Mientras las manos negras acariciaban la blanca borra de los frutos, nacieron esas canciones breves, cálidas e intensas como una *Kasida*, que nos hacen sentir el imán de la tierra, la ceguedad del amor y, a veces, la pavora del novísimo de la muerte.

Pasaron ya horas. El fuego del sol se apaga en las ventanas de los chalets, en tanto que el crepúsculo, avvicinado por lo bajo, distiende velos violeta por lo fresco de las márgenes del río, que desde su nacimiento en el lago Itaska, de Minnesota, hace un curso larguísimo por entre varios Estados de la Unión y cruza buena parte de la Louisiana hasta dar en Nueva Orleans, a donde vamos arribando por punto de media noche, con la impresión de atravesar por una movible avenida bajo un follaje formado por las luces entrecruzadas de los barcos que hállanse en ringleras a cada lado de la ría . . .

No la joven Orleans, bulliciosa, de amplias calles y de elevados edificios de arquitectura vertical, ha de ser objeto de nuestra observación, sino la vieja, llamada por las gentes de buen gusto el París de América, la que vive al otro lado de Canal Street, límite del pa-

sado, cual es la ciudad típica mitad española y mitad francesa, y del presente o sea la City norteamericana que tiene el mismo ánimo y semblante de Nueva York o de Chicago.

Viajeros somos y observamos cuanto podemos, pero únicamente describimos lo artístico de lo pasado, que nos ofrenda un bálsamo por antítesis a la herida que nos abre lo basto, mecánico y corrupto de la edad en que vivimos. . .

Dejemos, pues, lo ruidoso y apretado de Canal Street, arteria principal de la moza Orleans y vayamos a la ciudad de don Antonio de Ulloa y don Bernardo Gálvez. Al fin nos encontramos en ella y del ayer nos hablan, con mudez evocadora, las añejas casas de balcones exornados de flores, cual ésta de Chartres Street, que hubiera recibido al cautivo de Santa Elena si a otro lugar mejor no lo hubiese llevado la muerte; de ayer nos hablan estas callejas solitarias por las que, de vez en cuando, pasan los hombres lentamente sin que los aguije la hora que rueda; y en fin, nos hace vivir del pretérito el ambiente de Jackson Square, esto es, la vieja Plaza de Armas donde se levantan las arquitecturas venerables de la Catedral de San Luis y del Cabildo Español. Dentro de éste se halla escrita la historia de la Louisiana en cuadros que perpetúan nombres heroicos y en banderas y trofeos recordadores de gestas. En el Cabildo, relicario de España y de Francia, firmó la segunda la transferencia de la Louisiana a los Estados Unidos; pero ni tal suceso afectó el espíritu de Nueva Orleans, que hasta hoy se conserva genuino; y de ello nos dan prueba la paz de sus gentes, el romántico escenario en que se mueven señorialmente y la fuerza de la tradición que ha mantenido la atmósfera encantadora de los años idos; esa atmósfera que, como suya por lo que es colonial, comprenden y aman los hombres de la América española. Si los de la sajona no pudieron sentir el encanto de la vieja Orleans, al menos advirtieron su originalidad y así, respetando las estructuras renacentistas del barrio latino, en general, del barrio francés y del puro hispánico, ejercitaron su afán de modernización por lo que va de Canal Street y alzaron, de campos de algodón y tabacales, a la joven Orleans que se agita entre parques y avenidas, mientras la antañona, dando pausa a los negocios, se recrea en balcones, corredores y patios floridos, o reza en la Catedral como otro tiempo la aristocracia de Vieux Carré o de Pontalba.

Dentro de la Catedral hay también trozos de historia. Desde el enorme cuadro mural, al pie del cual se halla el altar mayor, San

Luis Rey de Francia anuncia la séptima cruzada, y la memoria, en largo vuelo, nos lo muestra recibiendo solemnemente la oriflama en la Abadía de San Dionisio; y luego vémosle partir con traza de peregrino, en traje de color obscuro, a luchar contra los infieles, soñando en alcanzar lo imposible, pues su expedición, como las anteriores, resultó desventurada por lo atañadero al ideal de conquista, que por lo que se relaciona con el mejoramiento de la vida europea en todos sus órdenes, tuvo gran suceso, ya que de esa y otras cruzadas advino un luciente cruzamiento de culturas.

Veintidós años más tarde, o sea al correr de 1270, el hijo de Blanca de Castilla, iluminado otra vez por la esperanza, trazó una nueva cruzada que, por mal manejo de Carlos Anjou, la enderezó a Túnez. Ante sus muros llegó desmirriado; después, afectado por la misma peste que diezmó sus huestes; y pronto a dos palmos de la tumba, besando el pendón de oro y seda de San Dionisio profirió: "Señor, entraré en vuestra santa casa y os adoraré en vuestro santo templo..."

Elevamos los ojos y, merced a la luz que se cierne de los ventanales, podemos contemplar en el ábside a los evangelistas de los magníficos frescos de Humbrecht. Parece que sus miradas se dirigiesen al Espíritu Santo que irradia en el altar mayor y sus labios repitieran la dorada inscripción de su retablo: *Ecce Panis Angelorum*.

Bajamos del presbiterio y tomando por la nave derecha nos emociona la delicada escultura que representa a Jesús platicando con una monja. ¡Qué diálogo tan expresivo en su mutismo! El ruego ferviente de unos labios encarecido por la blancura suplicante de unas manos, y la bienaventuranza concedida que se ve bajar de los ojos dulcemente semivelados del Nazareno. Cercano a la escultura y ante el altar miramos, ahora, el mármol que cierra los restos de aquel orgulloso magnate y benefactor don Andrés Almonaster y Roxas, Caballero de la Orden de Carlos III, quien, por todos los bienes que hizo, y por la parte que tomó en la construcción de la Catedral de San Luis, pidió únicamente ser enterrado dentro de ésta. Cumplida se halla su voluntad; pero junto con su nombre se recuerda una triste historia, y es que Almonaster, dominado por el orgullo, hirió el corazón de McDonogh, pues nególe la mano de su hija por considerarle plebeyo, aunque todos sabían que era el mancebo más rico, elegante y deseado de la sección francesa de Nueva Orleans.

McDonogh, alejado de la moza que amaba infinitamente, lanceado por el desprecio, trasladóse a sus campos y juró allá reunir riquezas con las que pondría su nombre más arriba que el del altivo filántropo, quien casó a su hija con el Barón de Pontalba.

Ya que no para el amor, tuvo estrella para el oro, pues, en poco tiempo y sin mucho trabajo, lo reunió en tal copia que le alcanzó para repartirlo entre Baltimore y Nueva Orleans. Favoreció a Baltimore porque le vió nacer, y a Nueva Orleans porque le dió coyuntura para elevar su espíritu, e hizo a ésta el regalo con la condición de que, cada año, los niños de sus escuelas desparramasen flores sobre su tumba. Los restos de McDonogh, que descansaban poéticamente en la tumba cuyas ruinas se ven todavía sobre Algiers, cerca a una de las orillas del enorme y oscuro Mississippí, fueron trasladados a Baltimore; pero para que se cumpla su tiernísimo anhelo, las escuelas le erigieron un monumento en Lafayette Square, y al pedestal de ese monumento acuden los niños el primero de mayo y le hacen caer, como lluvia de recuerdos, todas las flores que bordean el fresco manto de cada primavera.

Así el orgullo de Almonaster grabó en mármol el nombre de MacDonogh, y los niños y las flores de Nueva Orleans ponen el nombre de éste cada vez más arriba que los de aquél y su yerno Pontalba...

Hemos dejado hace rato la Catedral; hemos atravesado Jackson Square y Lafayette Square, donde vimos el monumento a McDonogh y, en este instante, hallámonos en el campo de duelo de City Park. Una crónica y un cuadro nos dicen que sobre este césped y bajo este árbol, que ensombrece gran espacio, batiéronse los caballeros De Lissue y Le Bouisque en 1841, esto es, hace justamente un siglo, por la primavera del romanticismo francés. Con una estocada soberbia, porque le encontró el corazón, vese caer al preferido de la dama, quien con el veneno dió término a su amargura...

Recojámonos y guardemos vivas estas impresiones para que sean días sin olvido y sigamos existiendo en Nueva Orleans, en la faz de cuyo Cabildo hemos contemplado el Loreto de nuestra amada aldea, ayer, y hoy pintoresca, original y ruidosa ciudad de La Paz.

ABEL ALARCÓN,
La Paz, Bolivia.